

La carrera

El autor rememora con preciso y ameno detalle en este capítulo todas las asignaturas de la carrera que cursó en la Facultad de Medicina de Barcelona. Recomendamos su lectura. Reproducimos aquí cómo termina su relato:

Durante nuestro paso por la Facultad se mantuvo una rigurosa disciplina consustancial en la época. Cuando los profesores entraban en el aula, permanecíamos todos de pie, hasta que nos invitaban a sentarnos.

La generalidad de los catedráticos—independientemente de las debilidades inherentes de todo ser humano—, evidenciaban seriedad, vocación, competencia y gran dedicación. Se vestía con suma corrección y elegancia, hoy infrecuente. Los profesores ataviados con trajes de buen tono, usaban batas blancas, amplias, con largos pliegues, pulcramente planchadas, que también utilizábamos los estudiantes.

La Universidad no era elitista en aquellos tiempos, cuyo acceso se conseguía con la preparación y el estudio, una vez superado el Examen de Estado, independientemente de la categoría o procedencia social del alumno. No obstante, se respiraba un ambiente de distinción, educación y cultura.

Pocos eran los ratos de ocio permitidos en el transcurso de la Licenciatura, coincidiendo con la etapa juvenil más propicia para el jolgorio.

Entre clase y clase se aprovechaban aquellos minutos para jugar al fútbol en el patio de la Facultad, tomar el bocadillo del desayuno, conversar o leer la prensa. De todos modos, la mayor parte del tiempo lectivo lo pasábamos en la completa y confortable biblioteca.

Una de nuestras distracciones ocasionales a la salida de clase al mediodía, consistía en la frecuente presencia frente a la entrada principal de la Facultad de un personaje extravagante que conocíamos desde el primer curso. Le denominábamos "Savi Leonard", de aspecto bonachón y apacible, afecto de una presunta psicosis obsesiva, cuya principal manía era conseguir una Cátedra—sin conocimientos ni preparación alguna—, que según su mente delirante le correspondía en justicia, considerando que los actuales titulares se la habían usurpado calificándoles de "carroñas de la ciencia". Con sus incoherentes peroratas conseguía agrupar a su

alrededor a un numeroso grupo estudiantil, hablando de los "injertos atmosféricos, climatológicos y otras lindeces", llegando en su exaltación dialéctica hasta el paroxismo, siendo constantemente coreado y vitoreado por los alumnos con los gritos de "¡Savi, savi, savi! ", etc. Al final, lo cargábamos en hombros, transportándolo hasta el estrado de una de las principales aulas. Tan pronto iniciaba sus esquizofrénicas explicaciones en la cátedra, se presentaba el bedel de turno encargado de acompañarle a la calle, donde terminaba la fiesta.

Este insólito espectáculo estudiantil duró varios años. Recuerdo que en el último curso, al presenciar el aludido alboroto, el profesor Dr. Sarró, nos dijo: "Un día lo llevaremos a clase de Psiquiatría". Terminamos el curso y la carrera sin tener esta oportunidad.

Algunos años tuvieron lugar representaciones teatrales en el Gran Teatro Comedia —hoy convertido en multicines— interpretadas por los alumnos de cursos superiores, con asistencia del claustro de profesores y la mayoría de alumnos con sus familiares, llenándose el coliseo. Recuerdo con fruición la escenificación de La casa de Troya de Alejandro Pérez Lugín, precedida de una emotiva disertación del profesor García Sánchez-Lucas sobre el ambiente universitario de Santiago de Compostela y costumbrismo de la época en que se desarrolla la obra. Como es obvio, nuestros compañeros se adaptaron magistralmente a sus diferentes papeles. También se representó Don Juan Tenorio de José Zorrilla y del Moral, con la maestría acostumbrada.

En aquellos tiempos destacó con singular acierto la Tuna Universitaria de Medicina, presente en todas las más importantes efemérides. Con motivo de la Pascua de Resurrección solían visitar a los catedráticos, entonando las clásicas y tradicionales canciones, consiguiendo aportaciones para el viaje final de carrera.

Durante la Cuaresma se organizaron en la Facultad de Medicina, notorios ejercicios espirituales con asistencia masiva de profesores y alumnos. Se desarrollaron en el Gran Paraninfo, hoy desaparecido y trasladado a la antigua aula magna. Se encargaba de la predicación el eminente médico e ilustre jesuita —de vocación tardía—, padre José Antonio Laburu, dotado de clarividente, fecunda y

convinciente oratoria, además de una capacidad de convocatoria extraordinaria. Hoy día carecemos de oradores sagrados con aquel carisma y talla intelectual, que arrastraba a las masas.

A partir del primero de Abril de 1939, se produce en España una verdadera transformación cultural y religiosa, con gran apoyo popular, por fundamentadas razones. Se restablece la tradicional confesionalidad del Estado, interrumpida durante la II República, en paréntesis históricos transitorios y actualmente, con motivo de la Segunda Restauración.

Los principios del nuevo Estado están inspirados en la Fe Católica, cuya política religiosa contó desde el primer momento con la bendición de las autoridades eclesiásticas españolas y romanas.

El pueblo español identificado plenamente con estos postulados —que hoy se denominan peyorativamente, nacional-catolicismo—, respiraba una atmósfera de profunda religiosidad, recuperando pretéritas prácticas fervorosas.

Entre estas piadosas reposiciones, destacaba la brillante solemnidad con que se celebraba el segundo domingo de Pascua de Resurrección, denominado también de Quasimodo. En esta destacada fecha primaveral, se administraba solemnemente la Sagrada Comunión a los enfermos hospitalizados en el Clínico. Asistían a la ceremonia religiosa, los médicos del Servicio, alumnos internos, enfermeras y auxiliares, presididos por el catedrático correspondiente, que ejercía a su vez las funciones de acólito.

Previamente, las Hermanas de la Comunidad de Santa Ana que regentaban el Hospital, habían instalado un magnífico Altar, ornamentando la Sala con hermosas flores. Al término de la Solemnidad Eucarística, se servía a los enfermos un extraordinario y abundante desayuno. Los médicos del Servicio y alumnos internos, éramos obsequiados del mismo modo, con un exquisito almuerzo, sufragado por la cátedra a cargo del profesor de la asignatura.

En aquellos años de autarquía, la paz y tranquilidad era absoluta. Se desconocían las huelgas y protestas, hoy tan en uso. Las únicas manifestaciones delante de la Universidad eran para reclamar Gibraltar para España, que se

repetían en varias ocasiones con vehemencia. Como suceso destacado, cabe señalar el que tuvo lugar con motivo de la magna demostración cívica del 7 de Diciembre de 1946, en la que participó la ciudad entera al igual que en las diversas capitales españolas, y que describimos a continuación.

Franco, sí; comunismo, no

Diciembre de 1946. Estábamos en clase de Anatomía I que profesaba el Dr. D. Manuel Taure Gómez. Poco después de las diez de la mañana, penetra en el aula el delegado de la Facultad de Medicina, alumno del último curso, Jorge Mundi, sube al estrado y conversa en voz baja con el profesor. Inmediatamente se dirige a nosotros, comunicándonos que se interrumpían las clases para asistir a una gran manifestación a favor de España, protestando por la injerencia de la ONU en los asuntos internos de nuestra patria. Como medida de presión se retiraron todos los embajadores, sometiéndonos a un aislamiento diplomático, con el decidido propósito de defenestrar al régimen surgido de la Cruzada de Liberación, intención que la Divina Providencia no les concedió.

Salimos en riguroso orden, voluntariamente, con convicción, decididos a demostrar nuestro inquebrantable patriotismo. Los alumnos de primero fuimos recorriendo con nuestro delegado, las distintas aulas del Claustro y el Hospital, sumándose al numeroso grupo el resto de estudiantes de cursos superiores, para reunirnos en los escalones de la Facultad. Minutos después, apareció el Decano Dr. D. Máximo Soriano Jiménez —uno de los emblemáticos catedráticos de la época por sus extraordinarias cualidades docentes—, que pronunció unas emotivas palabras henchidas de patriotismo, aludiendo al acto cívico que íbamos a protagonizar por las amplias calles de la Ciudad Condal, terminando con un enardecido ¡Viva España! Con los catedráticos al frente, precedidos por una gran pancarta con los colores de la bandera Nacional y la inscripción Facultad de Medicina, portada por dos estudiantes, se inició la manifestación con orden, civismo e ilusión, sin distinción de ideologías políticas —que nada importaban en tan

aciagas circunstancias—, ya que teníamos todos un alto concepto del deber colectivo y amor a España. Desfilamos por las calles de Rosellón, Balmes, Gran Vía, Plaza Urquinaona hasta el Gobierno Civil donde confluyeron el resto de manifestaciones. Durante el trayecto entonamos himnos patrióticos mientras se coreaban las consignas ¡Franco Sí! ¡Comunismo No! hasta enronquecer, junto a improperios contra Bevan —Ministro de Asuntos Exteriores británico que atacaba a España virulentamente—, hasta que nuestro delegado estudiantil, en un simpático gesto, se sube a lo alto de un autobús para decirnos: «Ya está bien de meternos con Bevan, al fin y cabo es un hijo de la Gran Bretaña».

Una verdadera demostración de exaltación patriótica a la que se sumó Barcelona entera. A nuestro paso por las calles, se asomaban muchas mujeres a sus balcones agitando banderas nacionales y dando vivas a España y a su Caudillo hasta el paroxismo. La gente exaltada y dolida por la afrenta internacional, vibraba de entusiasmo y emoción sintiéndose españoles con orgullo por encima de todas las contingencias. Era la España auténtica allí representada, la de los Reyes Católicos, la de Felipe II, la del 2 de Mayo, la del 18 de Julio.

Extrapolando a nuestros días el pensamiento de José Antonio: «España se ha perdido a sí misma: ésta es su tragedia. Vive un símbolo de vida que no conduce a ninguna parte».

Cuando a nadie en Europa le interesa que España sea una gran nación, hemos claudicado vergonzosamente a las directrices del capitalismo occidental, de efectos moralmente perversos, para servir intereses ambiguos; mientras se abandona inconscientemente el riguroso deber de proteger los bienes autóctonos, seducidos por un equívoco europeísmo económicamente floreciente, de muy dudosos resultados materialmente satisfactorios para los españoles.

Imitemos a Cajal potenciando la investigación endógena, ejercitando los tónicos de la voluntad con verdadera ambición patriótica descubridora, sustituyendo la continua importación de saberes por la exportación de nuestros conocimientos más brillantes que susciten el interés exterior. Superemos de una vez las patológicas lamentaciones decimonónicas a las que somos tan proclives,

sustituyendo la demagógica expresión: «Que inventen ellos», por el esfuerzo constante, la disciplina y el trabajo bien hecho. La Administración debe seleccionar a las mentes lúcidas, dotándolas de los medios necesarios para llevar a buen término el progreso científico nacional y conseguir que España ocupe el lugar que en el concierto internacional le corresponde.